47/155631

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 2 DE JULIO DE 1921 NÚM 2

LA VENGANZA DEL RECUERDO

NOVELA DE

"EL CABALLERO AUDAZ"

ILUSTRACIONES DE BARTOLOZZI

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

PRIMERA PARTE

Una aventura de invierno

I

DESDE uno de los soportales de la calle de San Jacinto, una vieja vendedora que oseaba con un plumero las moscas de un tablero lleno de chucherías, le gritó al paso, zalamera y ponderativa:

—¡Vaya con *Dió* la honra del barrio! ¡Olé, los toreros bonitos!

—*Adió, agüela*—la saludó el *Trianero*, con la mano en alto, dirigiéndole una sonrisa.

Unos chicuelos de su calle, sucios y desharrapados, le seguían aún, mirando con ojos de admiración y asombro.

El *Trianerito* vió su imagen reflejada en la luna de un escaparate y se inspeccionó rápidamente. Se agradó, se satisfizo. La figura, fina y cimbreña, ceñida en las caderas por el pantalón

abotinado y ajustado el busto por el marsellés; el airoso «cordobés» de alas planas caído graciosamente sobre una de las sienes; la eterna sonrisa de sus labios dejando lucir sus dientes menudos y finos de lobezno...

Se sonrió reparando en su indumentaria.

Tenía que ser en Sevilla y en su barrio de Triana, para que él vistiera así, de aquel modo flamenco y castizo que delataba su profesión. Nadie reconocería en él, por el pergeño, al torero señorito de Madrid y Barcelona, huésped de los grandes hoteles, ó al constante viajero elegante y moderno de los *sleepings* y los automóviles... Pero había que rendir culto á la tradición de la tierra... Aun así ya le tachaban sus enemigos, los partidarios del gitano miedoso el *Macareno*, de ser un cursi y un descastado, un señorito sin sangre torera.

¡Sin sangre torera él!—meditó— La tenía bien probada, la había derramado generosamente en temerarios alardes por todas las plazas de España, por todas las cortijadas, durante su calvario de aficionado sin más influencia que su vocación.

Pero la prueba estaba allí, viva y patente. Iba

á empezar su tercera temporada de matador de primera fila. La lucha en los años novilleriles había sido ruda; pero al fin el triunfo clamoroso y soñado llegó pleno y halagador. Más de cincuenta contratos firmados para aquel año que empezaría con la corrida de Resurrección en la plaza sevillana. Larga y difícil fué la brega.

Pero al fin, entre heridas, cicatrices y competencias, dejando muchas veces en el camino rastros de su sangre, cosido á cornadas, pero fuerte y en plena juventud, había llegado á ser el torero de moda, el espada que llenaba las plazas y provocaba discusiones y luchas, terminando por sumar fanáticos devotos de su arte...

Era una tarde tibia y soleada de Marzo, en la que ya empezaba á triunfar pujante la lozanía de la primavera sevillana. El *Trianerito*, caminando feliz y risueño bajo las miradas de aquella gente trianera que le había visto nacer, acariciaba la dulce realidad de su sueño logrado: la vieja, su madre, tenía, allí junto á la orilla plateada del río, la casita alegre y blanca prometida en las locas esperanzas juveniles; lejos, perdido en la campiña, en su primer cortijo verdearían ya los sembrados al dulce sol vernal, y él era ¡el *Tria-*

nerito!... ¿Qué más pedir?... La vida era como una mocita risueña y aromada que se le entregaba fácil y rendida.

Embocaba ya el puente, cuando desde uno de los colmados de la entrada, junto al mercado, le sacó de su reflexión una voz amiga que le gritaba:

—¡José María! *¡Trianerito!*

Reparó: unos amigos, sentados ante un velador, le llamaban. Acudió, como siempre, risueño y cortés:

—*Salú*, señores. ¿Cañeando?

—Ahí verás. ¿Quieres un chato?

—Gracias. Acabo de tomar café, ahora, en casa.

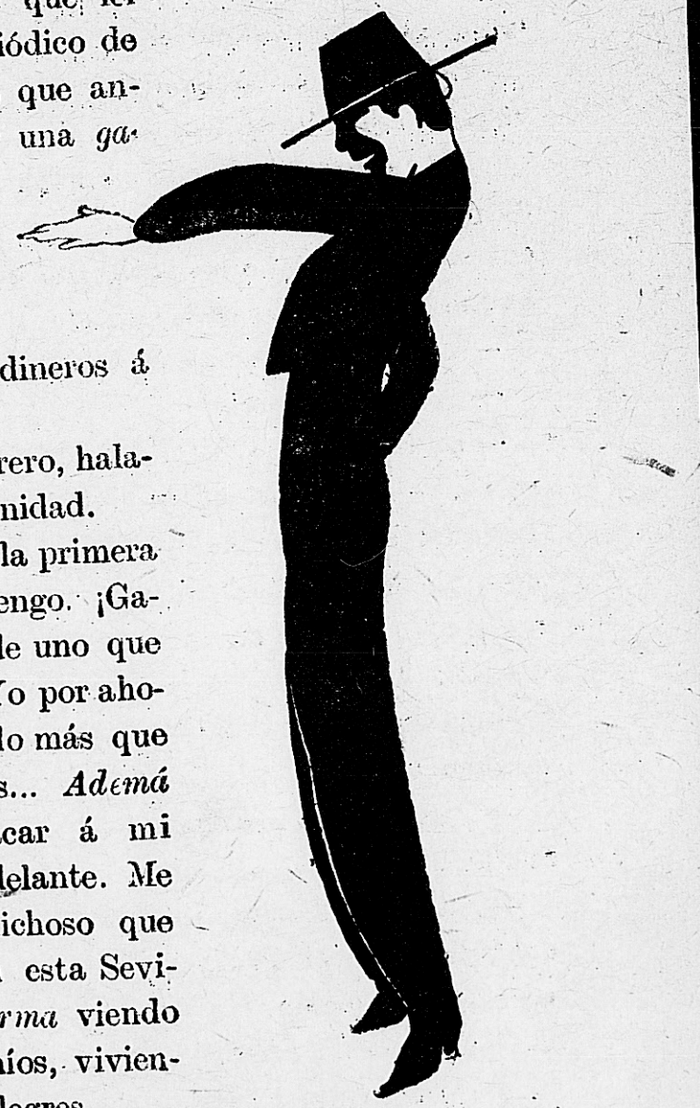
—¿Vas *pa* Sevilla, maestro?

—*Pa* Sevilla, á dar un voltazo por la calle de las Sierpes. Después de tres semanas en el campo, de tientas y herraderos, hay que dejarse *ve* de los amigos...

—Sí, hombre—aprobó uno de los amigos—, á *aprovechá* los días. Dentro *é ná* empieza la *temporá* y entonces no hay que *pensá* más que en meterla por las agujas...

—Oye, *Trianero*—le interpeló un contertulio—,

¿es verdad eso que leí ayer en un periódico de Madrid? Decía que andas *chiflao* por una *gachí* de aquella tierra, más bonita que una onza y con los dineros á espuertas.



Sonrió el torero, halagado en su vanidad.

—¡Bah! Es la primera noticia que tengo. ¡Ganas de *hablá* de uno que *tié* la gente! Yo por ahora no me chiflo más que por los toros... *Además* hay que sacar á mi gentecilla adelante. Me siento más dichoso que *D.ó* aquí en esta Sevilla de mi *arma* viendo feliz á los míos, viviendo bien y alegres.

—Eso está bien, muchacho; pero... ya tendrás alguna chapucilla que otra.

—Hombre, eso nunca falta. El traje de luces es como un espejuelo *pa* las alondras. Ahora, que en cuanto uno se mete en la *temporá*, *pa* que no ocurra una *desaborisión* y estar bien de facultades, no hay más remedio que *declará* el ayuno. ¡Ni mirar á las *gachís!*

—Total, que no hay boda...

—¡Nada, hombre!

—Haces bien, chaval—le aconsejó otro camarada—. Los toreros en cuanto se casan no se arriman á una burra de leche. Hombre *casao*, hombre *acabao*. Mírate en el espejo del *Macareno:* canto *ruío* antes y ahora tiene más *mieo* que una beata...

—*¡Home*, tanto como eso!...—protestó un viejo de cara cetrina y patillas de boca de hacha.

—Vamos, *señó Manué*, que le ha *dolío*. ¡Cómo se conoce que lleva *osté* sangre *cañí* en las venas!...

—Bueno, señores, ¡hasta la vista!—saludó despidiéndose el *Trianero*, molesto por el giro de la conversación.

Se marchó de prisa, jacarero, contoneándose, gozando del ambiente tibio y soleado de la tarde.

Mirándole ir, el señor Manuel murmuraba:

—*Místelo*. ¿Y eso es un torero? *Na* más que hay que verlo *vestí*. Y además bebe café y no alterna con los amigos. Estos niños de ahora *paecen* señoritas *vestías é máscara*. En mis tiempos...

Y en seguida, la discusión de cosas taurinas, enconada y ruidosa, brotó en la tertulia.

El *Trianero*, ya pasado el puente, subió á un tranvía que bajaba por Reyes Católicos.

Minutos después se apeaba en la plaza Nueva y embocaba en la calle de las Sierpes.

II

En medio de tantas inquietudes y continuos riesgos, lo que más le alegraba de todas las ventajas y halagos de su profesión era en estos meses de invierno, tranquilos sin la inminencia del peligro, poder pasear por la calle de las Sierpes á media tarde para ir á alguna de las tertulias de compañeros en los cafés.

Estaba en el corazón de su Sevilla, la ciudad que albergó sus locos sueños ambiciosos de triunfo y bizarría. Y nada comparable para él, á sentirse rodeado de la admiración de sus paisanos, á pasear, ya célebre y triunfador, por la misma calle donde rebulló su figura de aficionadillo principiante.

Le parecía aún verse á los quince años, con su gorrilla deshilachada, caída sobre el occipucio para cubrir la trenza y su guayabera blanca y rezurcida, detenido á la puerta de los cafés donde concurrían los diestros de *tronío*, contemplán-

dole con embobada envidia é imaginando que con el tiempo había de ser uno de ellos, triunfante, agasajado, célebre...

Aquella infantil quimera se había convertido en realidad.

Ahora, al paso, recogía y devolvía saludos:

—Adiós, *Trianero*.

—*Salú*, José María.

Le llamaban desde las terrazas de la Peña, de Labradores y del Mercantil, los casinos de los señoritos.

—¡*Adió*, buen mozo!

Se destocó con respeto, correspondiendo al saludo:

—Muy *güenas*, don Eduardo.

Era Miura, el viejo ganadero famosísimo, con su rostro moreno curtido por el sol de los cortijos, y sus patillas grises de rey gitano, que allí, en el Casino de Labradores, entre señoritos vestidos á la última moda, lucía orgulloso sus zajones de campesino, su marsellés de parches y su gran pavero color ceniza...

Llegó al café y vió al *Zurdo*, su picador, que le llamaba desde la mesa situada junto á una de las bajas ventanas.

—Oiga *usté*, maestro, ¿viene *usté* por casualidad de su casa?

—De allí vengo, precisamente.

—*Pos* ahora mismo va *pa* allá don Juanito, con la Empresa de Valencia que *quié hablá* con *usté* de no sé qué, antes de *cerrá* el trato *pa* la feria. ¡Si *quié usté* sentarse!... De seguro volverán *pa acá* en *seguía*...

Tomó asiento. Pidió coñac y encendió un veguero. El *Zurdo* le miraba respetuoso. Desde unas mesas próximas los parroquianos le asaeteaban con los ojos y cambiaban comentarios en voz baja... El *Trianero*, habituado ya á aquella atmósfera de expectación que le rodeaba constantemente, se hacía el distraído, contemplando la calle con ingenuo y simpático gesto de niño.

—¿Un decimito *pa* la de *pasao* mañana, rumboso?

La rechazó con indiferencia. Era una vieja muy redicha—la *Presumida*—, que merodeaba por cafés y colmados, vendiendo décimos de la Lotería.

Después de insistir inútilmente se marchó la vendedora.

—¡Un decimillo *pa* la del día primero, señorito!

—¡Otra vez!—murmuró contrariado el torero.

—¡Ja, ja, ja!—se rió alborotador el *Zurdo*—Mire *usté*, maestro, que la combinación está bien *estudiá*. Primero viene la madre, y si no *peta*, al *minuto* azuza á la niña *pa convencé* á la gente. ¿Eh? ¿Está bien *traío?*

—¡*Usté* siempre tan *desaborío, so malange!*—rechazó la vendedora.

Sonrió reconociéndola el *Trianero*. Era una muchachita pimpante y quinceañera, con el pelo negro como una mata de azabache, los ojos obscuros y brillantes y los labios encendidos y breves, como un clavel temprano.

Durante todo aquel invierno la había estado viendo en la calle de las Sierpes, discurriendo por cafés y colmados, luciendo su cuerpecito espigado y cimbreño, cruzado por el mantoncillo en chal sobre el busto prieto y prometedor.

La muchacha miraba al torero con aire admirado, entornando los ojos, cuyas pupilas eran como dos piedras negras, como dos brillantes del Perú, cuando el *Zurdo* volvió á sus bromas.

¿Qué, chavala? ¿Ha *encontrao* ya tu madre



quien pague los vidrios rotos? A mí me *paece* que como no admita regateo, te vas á *quear* en el escaparate...

—Vamos, no seas bruto, *Zurdo*—intercedió el *Trianero.*

—¿Pero *usté* no lo sabe, maestro? Pero si la *mare* de ésta, la *Presumía*, no tiene otra cosa en la boca: «Que de su niña no se lleva nadie la *fló* por menos de dos *mir* duros...» ¿*Verdá* que está bien *traío?*

La chiquilla enrojecía ante las brutales carcajadas del picador, mirando al torero con expresión dolorosa. El *Trianero* se sintió interesado.

—Oye, niña, ¿es verdad lo que dice éste?

Sencillamente, con esa naturalidad con que hablan de sus lacerías las gentes criadas en el arroyo, la nena respondió:

—*Verdá* será cuando él lo dice. ¡Si mi madre no fuera así!...—murmuró con dejo de rabia y de pena.

—Y á ti, muchacha, ¿no te enciende eso la sangre? ¿No es una lástima que una chiquilla como tú, más bonita que una rosa, se venda como un trapo? Dí. ¿Tú no tienes novio?

—¡Oh! ¡No! ¡No!—protestó azorada

—¿No te gusta ninguno?

—Ninguno.

Y en seguida rectificó mirando fijamente al *Trianero:*

—Es *decí:* me gusta, desde pequeñina, uno *na más;* pero como ese está *mu* alto y no va á ser *pa* mí, ¡pues ya que la lleve á una el diablo, que se la lleve en coche!—terminó con un gesto de graciosa picardía...

El *Trianero* contempló con delectación á la muchacha. Era fina, espigada, una virgen andaluza de piel morena, fino talle, caderas prietas, senos en botón y rostro agitanado y gracioso... En sus ojos ardían como dos llamas de pecado todas las curiosidades...

El *Trianero* la veía desnuda, perfecta como una escultura de Inurria ó una mujer de Romero de Torres.

La nena se arrebolaba sintiéndose mirada, se encendían sus mejillas, entornaba los párpados subyugada por los ojos tenaces del torero...

Este, apreciando el efecto que causaba en la muchacha, aventuró:

—¡*Paece* mentira, chiquilla! Bueno. Dime: ¿cómo te llamas?

—María del Carmen.

Y el torero prosiguió insinuante en voz baja:

—¡*Paece* mentira, María del Carmen, que una chavala como tú esté dispuesta á venderse como un billete de Lotería, á darse, en la flor de su vida, sin cariño, por voluntad!... ¡Eso no es de mujer!

Rápida, interrumpió la muchacha:

—¡Yo soy tan *mujé* como la primera!

—¿A que no?—la desafió el torero— ¿A que no tienes tú sangre *pa* darle esquinazo á tu madre y venirte conmigo á *tomá* un chato? ¿A que no?

—Si tú fueras...

El *Zurdo*, socarrón, murmuró en voz baja:

Si fueras gitana pura
y la sangre te jirviera,
cogieras el mantoncito
y conmigo te vinieras...

La duda y la burla parecieron herir en lo más vivo á la muchacha.

Decidida murmuró:



—¡Mi madre! ¡Bastante me importa á mí la vieja! ¡Yo voy con *usté* donde *usté* quiera!

El *Trianero* no vaciló. Ducho ya en galanterías, comprendió que había que aprovechar la ocasión, no dejar que la reflexión rompiera el encanto seductor de lo imprevisto,

—Pues andando. Vete por la plaza Nueva. Coge un coche y le dices que te lleve despacio á la *Eritaña*. *Pa* allí voy yo dentro de dos minutos, en un coche detrás tuya. ¿Te atreves?

—¿No le he dicho ya que yo voy donde *usté* quiera?

—¡Olé ahí, las *gachís* barbianas!—elogió el *Zurdo*.

La nena murmuró un «¡Hasta ahora!», que fué como el primer beso, y se marchó airosa, gentil, taconeando gallardamente, por el centro de la calle... El *Trianero* se dirigió á su picador:

—Ya ves. Yo me las piro. Si vienen esos, que á la noche les espero en casa.

Llamó al camarero. Pagó y se despidió del *Zurdo*.

—*Di quiá* á luego, maestro.

Y cuando ya el *Trianero* se alejaba le gritó jubiloso:

—¡Ah! ¡Y *güena* mano derecha!

III

María del Carmen se sentó en las rodillas del *Trianero*, que la tomó de la barbilla, acariciándola mimoso.

—¿Quién te va á *queré* á ti, negra? ¿*Pa* quién va á ser este cuerpo bonito?

Y la nena, echándole los brazos a lcuello, murmuraba, con la voz trémula y desgarrada:

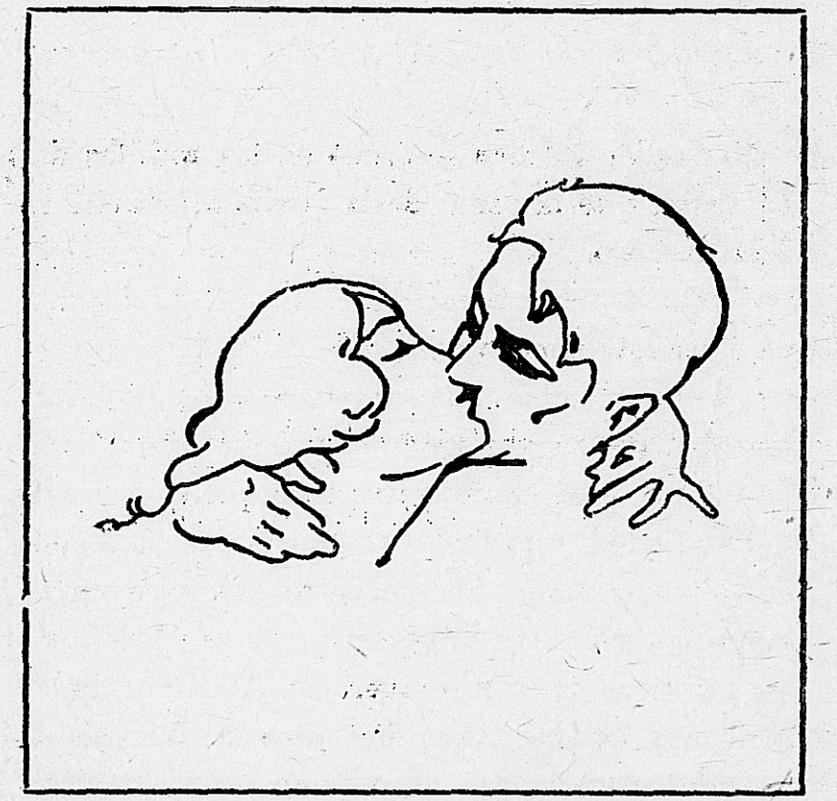
—*Pa* ti, José María, ¡*pa* ti! Lo que tú quieras.

Estaban en uno de los reservados de la Venta de Eritaña, en un pabellón de un solo piso cuyas ventanas se abrían al jardín policromado ya por las primeras galas primaverales. A través de las persianas, se percibían distantes las frondas de un verdor suave, que eran como guirnaldas fragantes en las márgenes del Guadalquivir.

Anochecía ya y el cielo tenía una suave tonalidad violeta, desgarrado por jirones de nubes, que el sol, en su ocaso, teñía de reflejos sangrientos... Por las ventanas entraban al reserva

do las suaves fragancias de los naranjos ya constelados con los primeros azahares.

Habían estado antes en el jardín, charlando



al sol mientras merendaban. Un fotógrafo ambulante, reconociendo al diestro, le invitó á retratarse. Accedió él y retratóse junto á María del Carmen, que estallaba de orgullosa satisfacción. ¡Ella retratarse con el *Trianero!* La cartu-

lina que aún húmeda le entregó el fotógrafo la guardó en el pecho, encima de su corazón, como un tesoro.

Sobre la mesa, entre las conchas de embutidos y entremeses había dos botellas de manzanilla descorchadas. El vino en el claro cristal de las cañas, tenía á la luz moribunda de la tarde amarillentos reflejos de ópalo rubio...

—¿Quieres otro *chato*, vida?

—¡Por *Dió*, José María, que me voy á *mareá!*

—Anda, *mujé*. Un *buchito* más.

Sin alzarse de la *chaise-longue*, forrada de un lienzo de crudillo, el *Trianero* alcanzó de la mesa una caña y se la ofreció á la nena.

—Bueno—aceptó ella—. Pero tenemos que bebérnosla entre los dos...

Bebieron, juntando luego los labios. María del Carmen estaba transfigurada, encendida de rosa las mejillas, los ojos brillantes por las llamitas doradas de la embriaguez, el pecho aleteando trémulo de emoción.

Como se le quedara mirando fijamente, el *Trianero* la preguntó:

—¿En qué piensas?

—En que te veo. Y me parece mentira que

eres tú el que está conmigo. ¡Lo tengo *soñao* tantas veces!...

—¿De verdad, nena?

—Te lo juro. Desde hace ya mucho tiempo, cuatro ó cinco años... Tú ya empezabas á dar ruido y yo te veía muchas veces en la calle de las Sierpes. «¡Si fuera mi novio!» — pensaba yo—¡Mira si sería tonta y era una mocosa!

Hizo una pausa y luego, evocando:

—¡Si vieras lo que sufría cuando llegaba la *temporá* y te ibas de Sevilla!... Sobre *to* los domingos, pensando que toreabas. Yo vendía entonces periódicos y aprendí á *leé* na más por el ansia de *ve* las reseñas que hablaban de ti... Cuando armabas un escándalo en *Madrí* ó en Valencia, ¡si vieras con qué ganas voceaba yo aquella noche «*¡El Liberal*, con lo bien que ha *trabajao* el *Trianero! ¡El Correo*, con la ovación y oreja del *Trianero!*»

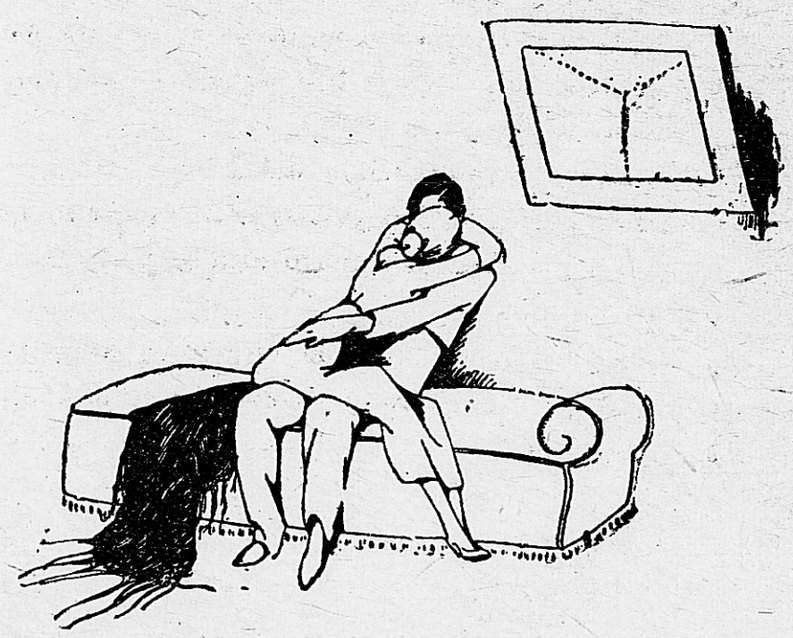
—¡Chiquilla, bonita, deja que te bese en la boca!—murmuró halagado y febril el torero.

Ella se la ofreció como un clavel rojo, y enlazaron sus bocas en un beso largo, húmedo, que arrancó á la nena un quejido de delicias...

El la siguió besando, acariciando con sus manos las tempranas morbideces del busto fino y cimbreño. María del Carmen gemía de felicidad, de ansias, nublado el cerebro por el vino y por la ilusión.

—¡José María, mi José María!

Sin lucha, dócil, rendida como una esclava,



el *Trianero* la tumbó de espaldas sobre la *chaise-longue*. La acarició trémulo en las más recónditas gracias, soltó las cintas de su falda, descubrió las morenas, contorneadas morbideces de sus pechos y de sus muslos.

Ella, en su embriaguez ilusionada, se entregaba temblando, dichosa...

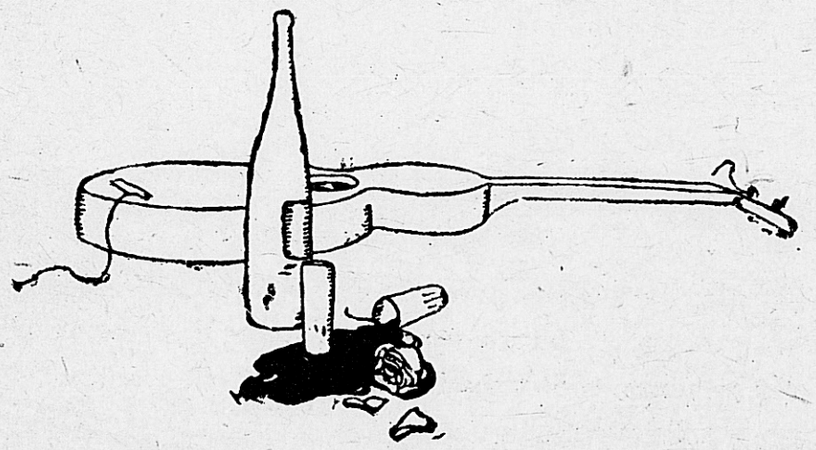
Y así la virgen morena y apasionada fué iniciada en el sagrado misterio del amor.

Sus labios murmuraban el nombre del amado, y sus dedos, inconscientes, acariciaban su cabeza, enredándose en la fina coleta del torero...

Era de noche ya.

Cerca, en otro pabellón del merendero, bordoneó melancólica una guitarra. El vibrar ronco de una copla flamenca rasgó el aire perfumado del nocturno...

Y el grito de dolor de la virgen violada, fué como ese ¡ay! desgarrado y sensual que preludia una petenera...



SEGUNDA PARTE

Una mujer desconocida

I

—Chico, para que veas que á pesar de no ser ya torero, sigues teniendo cartel con las mujeres. Aquella rubia no te quita ojo.

José María volvió á mirarla. Era una espléndida rubia elegantísima, de piel morena clara que contrastaba con el oro de oxígeno de sus cabellos, cuyos rizos se le desbordaban bajo el ala de seda del sombrero.

Le tenía intrigado la obstinación con que le examinaba aquella elegantísima desconocida, que ocupaba sola una mesa entre la animación correcta y cosmopolita del Palace Hotel.

Salvado el inciso, siguieron hablando José María y Paco Gálvez de los negocios que habíanles reunido á comer.

Gálvez le explicaba el proyecto de una fábrica de motores por acciones en España.

—Yo creo, José María, que es un negocio de porvenir. Terminada la guerra, aún tardarán

mucho tiempo Alemania y Bélgica en producir material eléctrico para la exportación. Mientras, una buena fábrica podría conquistar todo el mercado español...

Le oía sin escucharle, preocupado por las miradas cada vez más insistentes de la lujosa desconocida. ¿Quién podría ser?...

Dos años hacía ya que el *Trianero* no existía. En su lugar estaba este opulento negociante, D. José María Heredia, que se distraía emprendiendo negocios con el dinero ganado arriesgando bizarramente la vida, en doce años de matador de alternativa. Al cumplir los treinta, el *Trianero* se despidió solemnemente de los públicos.

Unos cuatro millones de pesetas y más de veinte cicatrices en el cuerpo, probaban su valentía y la justa proporción de su fama del mejor torero de España.

Correcto, inteligente, depurado por la vida de viaje y de relación, había realizado el tipo del torero señorito, ennobleciendo y dignificando su profesión con sus maneras mundanas y su afán de saber, desluciendo la leyenda del torero majo, bravucón, flamenco y plebeyo.

Al llegar á la treintena, notándose rico, sin entusiasmos é iniciado el declive de su vigor, no quiso ser uno de tantos ídolos envejecidos, soles en ocaso que van descendiendo entre el desdén y el olvido. Y con un gesto de aristocrática renunciación, se retiró de los toros en pleno triunfo y en plena vida. Desde entonces, acorde con sus gustos, había sido un caballero, correcto, mundano, emprendedor. ¡Qué lejos de las tardes rojas de apoteosis y de tragedia! Parecíanle un sueño de oro, de sol, de sangre, al que no quisiera por nada volver...

Pero le requería nuevamente la atención la curiosidad, ya intrigante, de aquella bellísima dama, que ahora entregaba al camarero una tarjeta y le señalaba á él con el dedo.

Gálvez lo advirtió también y le dijo:

—Ya está, chico. ¡Esa viene por ti! ¡Cuando yo decía!...

Llegó el camarero y entregó á José María una tarjeta alargada, fina, pequeña, diciéndole:

—De parte de aquella señora.

La leyó ávido.

Impreso en elegantes caracteres vió el nombre: «Pilar Madroñales», y por encima, con una letra

grande, aguda, de enérgico trazo, escrito con lápiz: «¿No me recuerda usted, ó no quiere recordarme?»

La miró extrañado. Cruzó con ella una mirada, una forzada sonrisa.

—¿Qué? ¿No la conoces? — le preguntó Gálvez.

—No tengo idea—repuso José María, casi sin mover los labios—. Creo, además, que no he visto nunca á esa mujer.

Pero como era forzosa, por cortesía, la respuesta, José María hizo á la dama un gesto de solicitud, de permiso para acercarse.

Aceptó ella, risueña, con una leve inclinación de cabeza.

Se levantó, cruzó el comedor lentamente y llegó á la mesa, junto á la bella desconocida.

Inició una cortés reverencia:

—¡Señora!...

La dama se echó á reir con una risa perlada, clara, musical.

—Pero, ¡cómo!—exclamó con un suave, dulce acento americano—¿Es posible? ¿No me *reconose,* José María?

El, galante, ofreció:

—Nada más que para servirla... y para admirarla.

Volvió á reir ella, invitándole á sentarse.

La dama había terminado de comer, y extrayendo de su bolso una pitillera de oro le brindó un cigarrillo egipcio.

—¿Fuma?

—¡Oh! Encantado. Muchas gracias.

Le ofreció lumbre en su mechero. José María se sentía violento, se encontraba un poco ridículo ante la bella desconocida, que le miraba con una expresión de amable burla. ¡Oh, sí, en ridículo, ante la que sería una desenfadada y experta conversadora! Aquella galantería que fué lo único que acertó á decir: «Para servirla y para admirarla.» ¡Bah! ¡Qué cosa tan cursi!...

La dama, cortando discreta la situación embarazosa, iniciaba otra vez el diálogo:

—Pues sí; no es extraño que *vos* no me conozcáis... Estoy muy cambiada... *Vos,* al contrario, no habéis cambiado nada... ¡Y hace una *punta* de años que le conozco, *¡ché!*

José María hizo un supremo esfuerzo de memoria.

Como en el fondo de una niebla vaga, creía

reconocer aquellos ojos parleros de la dama. ¿Dónde los había visto otra vez?... Imposible precisarlo.

—La última vez que nos vimos—le explicaba ella con su gachón y meloso acento argentino—fué en Lima, hace seis años. *Vos* toreábais por última vez aquella tarde. Mi marido, que era un rico estanciero del Plata, admiraba mucho en *vos*, ¿sabe? Aquella tarde yo estaba con él y nos brindásteis un toro. Luego en el hotel cambiamos algunas palabras, no más... ¿Recuerda? ¡Oh! ¡*Vos* estuvísteis bravísimo, colosal! Yo no me cansaba de gritar por *vos*... La gente estaba entusiasmada, asombrada de vuestra sangre fría ¡Cosa bárbara, *ché!*

—Sí, sí—aprobó, turbado, José María—. Me parece recordar...

—No, no—interrumpió ella vivaz—. No recuerda de nada... Ahora comprendo que no me conoce de verdad... No mienta por gentileza. ¡No sea *sonso!*

Y en seguida, riendo, apoyando la mano en su brazo, se disculpó:

—Perdóneme, *ché,* lo que le he dicho; ¡pero o soy muy *confiansera!*

Ya en franca cordialidad, disipada la tirantez de la entrevista por el tono confidencial y cordialísimo de la dama, siguió el diálogo de presentación y disculpa.



Pilar Madroñales le confesó ser española; pero emigrada desde niña, había adquirido el dejo americano en el lenguaje y así su parla era dulce é insinuante como la de una chiquela mimosa.

De pequeña había sido pobre, muy pobre, luchando cara á cara con la vida. Luego, en Buenos Aires, se hizo artista; vivió, triunfó. Un rico estanciero argentino la ofreció su amor y su mano. Se casó y fué una de las damas más consideradas en la gran metrópoli americana. Años después murió el marido y ahora ella, viuda y millonaria, volvía á España, llena de nostalgias de la patria, ansiosa de avivar las cenizas de todos sus recuerdos. Aquella tarde en el Palace, había reconocido al *Trianero*. Sabía ya que el espada, rico y célebre, se había retirado de su profesión.

—¡Qué pena!... Lo he sentido mucho, *ché*—le decía—. Créame de verdad, que una de mis ilusiones era el verle á *vos* torear en España. Cuando yo emigré *vos* empezábais á torear. Yo, ¡no se diga!, era *trianerista* acérrima. Pero no le había visto torear nunca. ¡No tenía entonces plata para pagar un boleto! Así que ahora estaba deseándolo, y ¡qué *esperansa!*—lamentó en tono de desilusionado reproche...

Simpática y sugestiva además la arrogantísima dama, á la que por más esfuerzos que hacía no pudo recordar...

Tomaron juntos el café. Ella, que se hospe-

daba en el hotel, prohibió al camarero que él pagase.

—Bien—aceptó él—. Entonces, ¿querrá usted comer conmigo mañana?

—Cuando quiera, mi hijo. Muy complacida.

Le estrechó él la mano gruesecita, perfecta, cuajada de brillantes magníficos.

Se acercó á Gálvez, que le aguardaba ya aburrido:

—¿Qué? ¿Has logrado saber quién es?

—Imposible, chico. No hago memoria.

Pilar Madroñales cruzaba ya el *hall*, erguida, arrogantísima, envuelta en una fastuosa capa de pieles, con la majestad de una reina en su manto. Se despidió, por último, desde lejos, con una sonrisa.

José María, para sí, se interrogaba obstinadamente:

—Pero, señor, ¿dónde he visto yo estos ojos antes de ahora?

II

Se dirigía hacia el Palace desde su casa del barrio de Salamanca, á pie, por costumbre de hacer ejercicio y también por calmar un poco sus nervios sobresaltados. Le hacía falta como un sedante este paseo desde lo alto de la Castellana hasta Neptuno. Se sentía necesitado de tranquilidad, de reflexión. Era una mañana de Abril, azul, optimista, llena de sol. El largo paseo se alborotaba con la greguería de los chicos que jugaban entre los jardines al cuidado de ayas y «nurses».

José María, caminando ajeno á la infantil algarabía y á la risueña luminosidad de la mañana, se abstraía en devanar la madeja de sus inquietudes.

Aquello no podía continuar así ni un día más; no podía él seguir con la obsesión alucinante de Pilar Madroñales á toda hora. Tres meses hacía desde la tarde en que la conoció en el Palace;

Tres meses de continuas inquietudes, de dudas, de emociones encontradas. Por su modo de buscarle, por la gachona zalamería de su charla, la creyó en un principio fácil conquista. Había llegado el día de su segunda entrevista á besarla en la boca sin protesta de ella. Pero, desde entonces, no había avanzado un paso. Le trataba Pilar con cordial camaradería, como al mejor amigo, como á un hermano en quien se deposita toda confianza. Paseaban juntos, comían, iban al teatro... Y siempre á su asedio tenaz, á sus apasionadas frases de deseo, correspondía ella con la misma sonrisa amistosa fraternal, diciéndole con su voz mimosa:

—Yo te quiero mucho, como á mi mejor amigo, pero nada más, mi hijo. Si fuera otra cosa no iba á estar haciéndome desear, ¡qué *esperansa!*

Le aturdía, le enloquecía aquella mujer extraña, inteligente, muy ducha en la vida y en la conversación. Se sentía subyugado, dominado por ella, por su charla graciosa y ceceante, por el prestigio magnificente de su belleza, por el fulgor de aquellos ojos negros que él había visto centellear no sabía dónde...

Hasta ahora, en su vida de hombre célebre, como una mujer galante, acostumbrado á ser siempre el que concede, al que se busca y solicita, Pilar era el primer obstáculo, el escollo que no cede á embates de halago ni de fama. La resistencia le había excitado más, y ahora, después de la larga lucha de tres meses, se sentía vencido, rendido al subyugante encanto de la argentina.

—Maestro—le había dicho un día el *Zurdo*, que cerca de él seguía de ayuda de cámara y hombre de confianza—. Ese buró de Tepeyahualco lo ha *enganchao* á usted por la faja. ¡*Ganao* americano, mucho poder y malas intenciones!

—Sí, *Zurdo*—había tenido él que confesar tristemente—. Me ha *enganchao* por el corazón.

Así era en verdad. «Le había *quitao* el tipo», como decía el picador en su jerga taurómaca. ¡Maldita sea! Se reconocía locamente enamorado, furioso, irascible, con un amor jamás sentido en sus días de aventuras galantes de hombre famoso. Era la pasión, arrolladora, el amor primero y decisivo de su vida, que su vanidad de figura mimada le había impedido sentir

hasta ahora y que venía á sorprenderle, en la cumbre de la vida, con esa furia absorbente de las pasiones de la madurez.

Estaba loco, hambriento del amor de Pilar. Y lo que más le escocía era el haberse sabido siempre un poco desdeñado, compadecido por ella, como si él la hubiera defraudado en algo muy querido. En aquellos tres meses de vida casi íntima había podido notarlo. De su brazo había paseado por Madrid y él notó desde el primer día la desilusión de Pilar, al ver que apenas cambiaba algún saludo con los transeuntes, que la gente no se paraba á contemplarle.

—¡Cómo cambia el tiempo!—le había dicho ella— Yo recuerdo, de chiquitilla, haberte visto que cuando entrabas en un café se abarrotaba la calle de gente para mirarte detrás de los cristales...

Había sido ahora, en Sevilla, adonde fué á acompañarla para ver la Semana Santa, donde se hizo más agudo el reproche.

Presenciaban el suntuoso desfile de las cofradías desde un palco de la plaza de San Francisco. Ella bellísima, de mantilla; él correctamente vestido de negro.



Los sevillanos, al discurrir por la calle que formaban las filas de tribunas, se detenían frente al palco. Pero era á ella, á la hembra magnífica y gentilísima á la que miraban con avidez, y saludaban con encendidos piropos.

—¡*Ché*, ni en tu tierra te conocen ya!—le había dicho ella hiriéndole con el reproche en medio del corazón.

Ya de vuelta en Madrid, después de un viaje en que estuvo á punto de enloquecer de amor y de deseos, él, sin valor para afrontar otra vez en una declaración su mirada burlona y su charla chancera, le había escrito una carta desesperada, rabiosa, rindiéndose, entregándose, ofreciéndola su vida, proponiéndola casarse con ella.

Y la respuesta, breve, desilusionadora, había sido una carta de Pilar que le había abrasado el alma.

Volvió á sacarla una vez más aquella mañana de su cartera y tornó á leerla. Cada palabra le escocía en la vista, parecía hacerle una llaga ardiente en el corazón.

«Querido José María: Decididamente voy á creer que tú estás loco. ¿A qué viene, si no, tu carta? Si yo te quisiera como tú deseas, soy li-

bre para ser tuya sin necesidad de promesas de casamiento. Pero no soy yo la mujer que pueda ser tu mujer. ¿Por qué no te resignas á ser el mejor, el más bueno de mis amigos? Así te estimo yo. Olvídate de esa locura, como yo me he olvidado de la mía. Y cree que la tuya de tres meses no será tan fuerte como la mía de doce años. Lejos, en América, yo he soñado contigo, con el torero que fué mi ilusión de chiquilla. Ya has visto que conservaba cientos de retratos tuyos en traje de luces. Era un sueño de chica aturdida. Te he conocido y me has parecido un perfecto caballero, un amigo del alma, el mejor de los hombres, ¡te lo juro! Pero nada encuentro ya en ti de lo soñado, de aquel torero que fué el delirio de mi juventud. ¿Crees que podemos cambiar los sentimientos, hacer de un desengaño una pasión? No. Para el amor, la ilusión es lo primero, y tú me la has quitado ahora, la has convertido en cenizas.

Créeme, que te soy leal. Te quiero lo bastante para obrar así. Tranquilízate, olvida lo que no puede ser. Ya hablaremos, cuando yo comprenda que te has serenado. Es siempre tu mejor amiga,

PILAR.»

Volvió á estrujar la carta entre sus manos, con rabia, con pena. ¡Oh, la dolorosa sinceridad de la bellísima! Ella no le quería, ella se había enamorado del torero, del hombre audaz y famoso que se jugaba bizarramente la vida en juego heroico y trágico.

Con aquel ensueño, ¿cómo no había de defraudarla el hombre vulgar en que se veía convertido el ídolo? Si él fuera aún torero, ella le querría, se entregaría rendida al héroe valiente y jacarero...

Una idea le cruzó, súbita, como un relámpago, el cerebro: ¿Y por qué no serlo? ¿No valía rehacer una vida que creyó muerta el conquistar aquel amor que era toda su vida futura? Sí. ¿Por qué no? Era aún joven, fuerte, animoso. Podía resucitar el pasado por ella, por su amor, por el fulgor divino de sus ojos...

Se le apareció tan clara, tan radiante la solución, que, ávido de comunicarla, aligeró el paso, casi echó á correr como un chico contento tras un juguete.

III

Preguntó en el *comptoir* del hotel:

—La señora Madroñales, ¿sabe si está?

—Debe estar en su cuarto, señor—le respondió el empleado—. Aún no ha bajado á recoger su correspondencia.

—Bien. Avísela si puede recibir al señor Heredia.

Comunicó el empleado y á poco obtenía contestación:

—La señora Madroñales pide al señor que la perdone. Está indispuesta y no puede recibirle...

¡Oh, la taimada lealísima, cómo le huía suponiéndole furioso!

Cruzó el vestíbulo y fué al escritorio. Y allí le dirigió una carta brevísima, en la que puso todo su coraje. Los puntos de la pluma rasgaron una vez el plieguecillo.

«Pilar: Porque tú me quieras, por revivir tu

ilusión, seré otra vez quien fuí. ¡Volveré á torear! Hasta entonces.

Toda la vida de tu

José María.»

IV

Un mar humano, salpicado de bárbaras flores extrañas que eran los mantones filipinos de las mujeres, semejaba la plaza de toros. Faltaban minutos para empezar el festejo. En los tendidos se hacinaba la multitud endomingada y bulliciosa; temblaban al aire como mariposas enormes los redondos abanicos de papel de color.

La reaparición del célebre *Trianero* después de dos años de despedirse del público había llenado la plaza de Madrid. Se comentaba en los tendidos apasionadamente el suceso. ¿Por qué volvía á los toros el diestro que se despidió rico y triunfador?

En las barreras del 2, un viejo crítico peroraba ante un corro de amigos:

—Esto es lo de todos. Una chifladura de buen mozo. Como las cocotas y las actrices no se resignan á ser viejas y que los hombres no las deseen, todos estos niños bitongos no se conforman

con pasar por la calle desconocidos, ni que la gente no se pare á verlos, ni los periódicos se ocupen de ellos, ni que las mujeres dejen de escribirles cartitas... Por eso vuelve el *Trianero* á los toros: por vanidad. Por lo mismo que las cocotas viejas se tiñen el pelo y se pintan la cara de chafarrinones. Ahora, que en el castigo llevan la penitencia. Por quererse rejuvenecer aparecen retocadas y hechas una birria.

Un murmullo sordo de admiración, cortado por algunos aplausos, interrumpió al crítico.

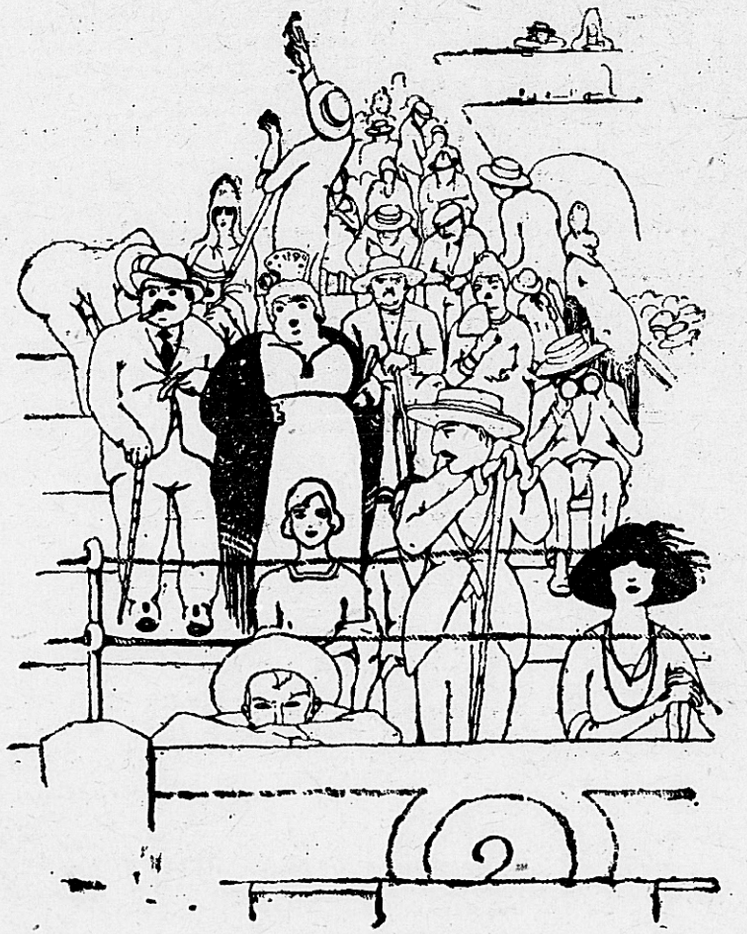
—¡Mi madre, qué mujer!—ponderaba un castizo.

—¡La daba la estocada de la tarde!—prorrumpió otro.

Era que Pilar Madroñales, tocada de mantilla blanca, al brazo el magnífico mantón policromado, aparecía en el palco, como una reina en su trono, prendido el pecho de rojos claveles, fulgentes los ojos con las llamas de juventud y tentación.

Acalló todos los comentarios el vibrar sonoro de un clarín. Iba á empezar la fiesta.

A poco, á los compases jacareros de un paso doble, tras los alguacilillos como golillas die-



ciochescos, hicieron el paseo las cuadrillas. Estalló una ovación cariñosa, de saludo y de recuerdo.

El *Trianero* gallardamente correspondía á ella montera en mano.

—¡Hay que ver!—gritaron desde el tendido—¡Qué gordo te has puesto!

Era verdad. Los dos años y medio de vida sedentaria habían fortalecido y redondeado el cuerpo del torero, ensanchando sus caderas, haciendo perder á su cintura aquella flexibilidad gallarda que le ponderaba inimitable en los quiebros.

El *Trianero*, muy pálido, saludó ante el palco presidencial y fué á arrojar su capote á Pilar Madroñales.

Le subieron echándoselo unos á otros por el tendido. Ella lo acogió sonriente y lo extendió en la barandilla, como una flor brillante y magnífica.

—Esa es la que hace torear al *Trianero*—gritó una voz en el tendido.

—Pues también *tié* corazón la *gachí*—comentó una mujer.

Vibró el clarín. Un silencio, hondo, tremendo,

se hizo en el circo. La tragicomedia, bárbara y fastuosa, gallarda y sangrienta, empezaba ya...

Fueron de una molesta vulgaridad los dos primeros tercios. El toro, grande, poderoso y mansurrón, hizo una pelea peligrosa, reculando, cortando los terrenos, saliéndose suelto de las varas, sin que los espadas pudieran lucirse en quites.

Los banderilleros se vieron comprometidos al clavarle los arponcillos. Cuando el *Trianero* tomaba los trastos, el *Hurel*, el peón de brega, le advirtió:

—Ten *cuidao* con este asesino, José, que acecha más que un *doló*...

Brindó el *Trianero* muy pálido, en pocas palabras, y con visibles muestras de malhumor se dirigió al bicho, que le aguardaba emplazado en tercios del 3.

Hubo un momento anhelante, de expectación. Parecía el alentar de los millares de personas que llenaban las gradas.

El *Trianero*, despacio, sereno, con la muleta desplegada y el estoque oscilando en la mano derecha con un vaivén de péndulo, llegó al toro

y le citó. No acudía el bicho y hubo de acercarse más.

—¡Uf, toro!—se oía su voz ronca, mientras golpeaba la arena con el pie.

Al fin el cornúpeto se le arrancó veloz y certero como una bala. Fué tan rápida la acometida, que para librarla tuvo que hurtar el cuerpo, cuartear de un modo violento. Antes de reponerse, ya estaba otra vez encima el toro. Y ahora, para librarse, tuvo que arrojarle la muleta y salir por pies...

Volvió á recoger los trastos, y otra vez en la cara, los cuernos le buscaron el cuerpo tan de cerca, que hubo de encorvarse para esquivarlos de un modo grotesco.

Sonaron algunos silbidos y exclamaciones de asombro.

En una tercera tentativa, volvió á atropellarle impetuosa la res, le alcanzó por la chaquetilla y lo lanzó al aire como un grotesco pelele de seda y oro.

Se levantó súbito, aporreado, sin un rasguño. Requirió espada y muleta y se fué decidido al toro, que se le comía la roja franela.

Dió un pase de pecho, forzado, ceñidísimo.

¡Olé!—clamó el circo entero.

Pero se revolvía la fiera, mugiendo, terrible, y hubo de huir otra vez.

Y fué el desastre. El miedo, el miedo físico, el instinto de conservación podían en él más que la voluntad. Sentía en las piernas un temblor de azogado irreprimible, y cada vez que el toro embestía, una opresión en el pecho que le obligaba á cerrar los ojos, á huir trémulo, despavorido.

Aturdíanle los oídos la gritería formidable de la multitud. Escuchaba silbidos, insultos, palmadas burlonas. Quería acercarse, estar sereno, y el pánico, sus nervios más fuertes que su decisión le hacían encogerse grotescamente, alargar el brazo, correr desesperado.

Quiso una vez dominarse, sobreponerse, esperar frío la acometida. Tendió el trapo rojo, avisó á la res.

—¡Tú, toro!

Y se sintió enganchado, suspendido del suelo por una pierna, lanzado al aire, magullado, deshecho.

En la arena quedó exánime y sangriento, como un pingajo, como un lío de trapos, como un muñeco bordado, con el resorte roto...

A poco, por los tendidos empezó á circular la noticia: «¡Es un cornalón grande en un muslo; quizás se quede inútil!»

Y un bárbaro aprobaba:

—Le está bien *empleao*. Ya lo dice el refrán: «Los toros de cinco y los toreros de veinticinco...»

Pilar Madroñales había desaparecido de su palco.

V

—*Zurdo*—interrogó con voz débil—, ¿ha *venío* alguien á verme?

—Mucha gente, maestro. Pero de lo que *usté* espera, ni esto...

Volvió á hundirse en la modorra que la fiebre le producía. Tres días luchando con la tremenda debilidad que la enorme hemorragia le produjo. Tres días de bárbaras curas, cauterios y sondajes, soportados con el pensamiento puesto en Pilar. Pilar, á la que no hubiese creído capaz de abandonarle en aquel trance, y que sin embargo no había aparecido á interesarse por él. Como un sueño lejano y trágico, recordaba la tarde de su fracaso, su miedo, los aullidos indignados de la multitud, los gritos, los silbidos y aquella debilidad que le poseyó... ¡Oh! ¿Por qué había intentado resucitar lo que estaba muerto? Bien caro lo pagaba con el ridículo que sobre él cayó, con

su pierna que quedaríale inútil para siempre, despidiéndole de modo definitivo de sus sueños de bravura y de gloria.

Entraba otra vez el *Zurdo* en su alcoba, y él volvió á interrogarle con aquella triste pregunta que no se le caía de los labios.

—¿Ha *venío* alguien?

—Como venir—respondió el mozo—no ha venido *naide*. Pero ahí afuera me han *dao* una carta que me parece conocer la letra...

Súbito, con doloroso esfuerzo, se incorporó en la cama enderezando el busto:

—A ver, tráela, ¡vivo! Descorre esas persianas, que se vea aquí.

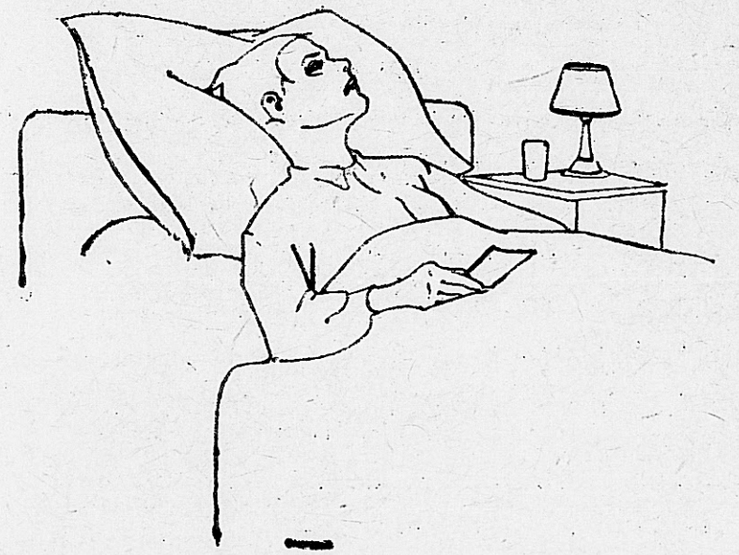
El *Zurdo* fué á cumplir la orden y un raudal de luz perlina entró por los cristales del balcón.

Reconoció la letra, rasgó febril el sobre y leyó, con el alma en los ojos:

«José María: Cuando leas esta carta yo estaré muy lejos. Sé que tu herida, aunque grave, no ofrece peligro y me voy para siempre. No quiero con mi presencia seguir encendiendo tu locura.

Te suplico que no me creas mala ó cruel por esto. Lo hago por tu tranquilidad. Es la crueldad de la vida lo que nos separa. Yo tuve la es-

peranza de que la ilusión resucitara. La prueba ha sido terrible. Ya has visto y he visto que no puede ser. Cuando un ídolo se hace pedazos en nuestra alma no es posible reconstruirlo, ¿verdad?



Sé que te costará un gran dolor este abandono. Resígnate como yo en otro tiempo en que te di tanto como tú á mí ahora. Para que no creas que te engañé al decir que te quise, ahí llevas la prueba que más quería como recuerdo de una felicidad muerta. ¿Podrás reconocerme ahí?

¿Me perdonas? Así lo créo. Un abrazo leal con toda mi alma de la Pilar de ahora y la María del Carmen de entonces.

PILAR».

Nervioso, febril, José María volvió á mirar el sobre caído sobre las ropas de la cama. Y de él extrajo una cartulina gris, cuarteada, vieja.

La miró con avidez. Turbia, borrosa, en la cartulina se veía él retratado en la Venta de Eritaña, de Sevilla. Y junto á él, risueña de felicidad, se veía á María del Carmen, la linda nena vendedora de décimos. Era el retrato que un fotógrafo ambulante les hiciera doce años atrás, la tarde de la violación de la vírgen morena y apasionada.

José María se dejó caer en el lecho, turbado, sollozando.

Era aquello lo que dió á la vida y la vida le devolvía. La semilla juvenil de aquella aventura de invierno, florecía ahora, en el otoño de su vida, con flores de desengaño y de fracaso.

FIN

OBRAS
DE
"EL CABALLERO AUDAZ"

LA BIEN PAGADA. (Novela) 4.ª edición	5 ptas.
LA SIN VENTURA. (Novela) 4.ª edición	5 »
LA VIRGEN DESNUDA. (Novela) 5.ª edición	5 »
DESAMOR. (Novela) 7.ª edición	5 »
EN CARNE VIVA. (Novelas) 3.ª edición	5 »
DE PECADO EN PECADO. (Novela) 4.ª edición	5 »
EMOCIONARIO. (Almas y paisajes)	5 »
EL DIVINO PECADO. (Novelas)	5 »
VIRGENES Y CORTESANAS. (Novelas)	5 »
LO QUE SÉ POR M. (Interviús con las principales personalidades.) Gran éxito. Van publicadas 9 series; en prensa la 10.ª; cada serie	4,50

Estos libros se encuentran en todas las librerías y en la de

Yagües, Caballero de Gracia, 28

APARTADO 502. MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID